

LOS VERSÍCULOS QUE DETUVIERON LAS BALAS

Por **LAWRENCE MAXWELL**

PABLO sabía que la paja que llevaba iba a tener que usarla para cavar su propia fosa.

Se encontraba en ese momento cruzando un campo y ahora, en cualquier momento, los oficiales encargados del pelotón de fusilamiento darían la voz de alto y él tendría que empezar a cavar. Cuando hubiera cavado un hoyo suficientemente hondo, se lo obligaría a pararse al lado y el pelotón de fusilamiento dispararla y el caerla en el hoyo, muerto.

Yo no sé si realmente se llamaba Pablo. Quisiera saberlo, porque me gustaría presentarte a este valiente joven. En realidad, era un jovencito adventista del séptimo día, que vivía en Guatemala hace algún tiempo cuando estaba en el gobierno un dictador. En ese tiempo a cualquier persona de quien se sospechara que había cometido algún crimen, se la sacaba al campo, se le ordenaba cavar una fosa, y las balas del pelotón de fusilamiento lo derribaban luego en ella.



Se arrestó a una pandilla de ladrones, y Pablo estaba entre ellos. Sin darle la oportunidad de defenderse en un juicio, Pablo fue llevado al campo, pala en mano, para ser ejecutado.

Mientras caminaba para encontrarse con la muerte, trató de pensar qué podía hacer para escapar. Entonces oró, y palpó el pequeño Nuevo Testamento que llevaba en su bolsillo. El amaba ese Libro. Comenzaba cada día con él, leyendo y memorizando cada mañana el versículo de la devoción matutina. La presencia de ese libro lo hizo sentir menos solo.

Ya no le quedaba mucho tiempo.

-Yo no soy un ladrón -le dijo al oficial-. Soy un adventista del séptimo día.

- ¡Oh, no, Ud. no es adventista! -le respondió el oficial-. Ud. es un criminal o de lo contrario no se lo hubiera encontrado con esos otros ladrones.

-Ellos no son amigos míos -le respondió Pablo-. Yo soy un miembro de la Iglesia Adventista, y nosotros no nos mezclamos en esas cosas. ¡Mire, aquí tengo mi Nuevo Testamento en el bolsillo!

-Ud. está mintiendo. Ud. no sabe nada de la Biblia.

-Si, yo sé. Puedo repetir los versículos de la devoción matutina de esta semana -le respondió Pablo.

-Yo no le creo -le dijo el oficial-. Párese ahí y recítemelos.

Pablo se aclaró la garganta y comenzó. Repitió el versículo de esa mañana y dio la referencia. Repitió el versículo del día anterior y dio la referencia; y entonces el del día anterior, y del día anterior, y así de toda la semana.

El oficial escuchó asombrado. Cuando Pablo terminó, dijo:

-Estoy convencido de que Ud. no es un ladrón. Puede irse.

¿Se habrá alegrado Pablo de haber aprendido los textos de la devoción matutina cada día?

Puedes imaginarlo.